

jo un indio carpintero para que remendara la rueda, y ellos se fueron á comer á una venta que una negra tenía por allí. En este paraje, por ser muy pendiente la subida durante más de dos leguas, acostumbraban siempre, tomar las mulas de tres ó cuatro carretas, y las ponen todas á una sola para subirla: vuelven luego á bajar, y por el mismo orden van subiendo las demás. Todo sucedió á maravilla, porque al cerrar la noche, cuando ya casi todos los carreteros se habían ido á subir las carretas, viéndome solo, acabé prontamente de limar los grillos, y aprovechando la ocasión de la oscuridad, antes que los carreteros volvieran á bajar, me escapé y me metí en los bosques inmediatos, llevando conmigo los grillos, las esposas, un poco de galleta y dos quesos pequeños. Entrando al bosque, arrojé mis hierros en un matorral espeso, y habiéndolos cubierto con musgo y otras cosas, caminé solo como pude toda la noche. De esta manera, con el favor de Dios, me deshice de mis hierros, excepto la argolla que llevaba al cuello, y cobré por segunda vez mi libertad.

CAPITULO VII.

En que se cuenta cómo salí de Guatemala, en el Mar del Sur y de allí fui al Puerto de Caballos, donde tomé pasaje para España: cómo allá estuve otra vez á punto de ser preso, y por la misericordia de Dios pude escapar volviendo salvo á mi patria Inglaterra en Febrero de 1582.

Amaneciendo el nuevo día, á la primera luz del sol, advertí el camino que debía tomar para escapar de sus manos, porque cuando me huí entré en los bosques á la izquierda, y habiendo dejado el camino de México á la derecha, determiné tomar el rumbo mismo de los bosques y montañas, tan directamente al sur como me fuese posible, de cuya manera estaba yo seguro de alejarme de aquel camino que va á México. Yendo, pues, por los bosques, ví al Norte muchas grandes lumbradas, á no más de una legua de la montaña donde yo estaba, y caminando á pie, con mi argolla de hierro al cuello y mi pan y queso, encontré en la misma mañana una partida de indios que andaban cazando venados para mantenerse. Habléles en lengua mexicana, díjeles cómo los crueles españoles me habían teni-

do mucho tiempo preso, y les rogué me ayudasen á limar mi collar de hierro, cosa que hicieron de muy buena gana, alegrándose mucho conmigo de que hubiese yo salido del poder de los españoles. Pedíles luego que me diesen uno de ellos mismos para que me guiase por aquellos montes desiertos hacia el Sur, lo cual también hicieron de buena voluntad, y de esa manera me llevaron á un pueblo de indios, ocho leguas de allí llamado Shalapa, donde me detuve tres días, porque estaba yo algo enfermo. En este punto con el oro que había yo cosido en el forro de mi jubón, compré á uno de los indios un caballo que me costó seis pesos, y caminando al Sur, dentro de dos leguas alcancé á un fraile frandiscano á quien había yo conocido mucho en México y sabía que era un buen religioso, que lamentaba la crueldad usada con nosotros por los inquisidores, y ciertamente me trató con gran benevolencia. Teniendo, pues, confianza en él, le dije que mi intención era probar á salir de aquella tierra, si hallaba embarcación, y por tanto le pedía su auxilio, noticias y consejos para lograrlo. Así lo hizo con toda puntualidad, no sólo informándome del camino más seguro que podía tomar, sino acompañándome él mismo por espacio de tres, y siempre que pasábamos

por pueblos de indios, quienes nos trataban y mantenían bien, recogía algo entre ellos, hasta juntar veinte pesos, que al tiempo de separarnos me entregó generosamente. Así llegué á la ciudad de Guatemala, que dista de México unas doscientas cincuenta leguas, y me detuve en ella seis días, porque mi caballo estaba cansado. Continué luego mi camino, siempre al Sur y al Sudoeste, durante siete jornadas, pasando por ciertos pueblos de indios, hasta que llegué á uno distante trescientas nueve leguas de México, rumbo directo al Sur. Preguntando allí como podría ir al Puerto de Caballos, en el mar del Nordeste, me dijeron que en aquel camino no hallaría pueblo alguno en diez ó doce días, por lo cual alquilé dos indios guías, y compré gallinas y pan para mantenernos durante tan largo tiempo. Llevamos también lo necesario para encender fuego todas las noches, tanto por causa de las fieras, como para guisar nuestra comida. Cada noche, cuando parábamos, los guías indios acostumbraban hacer dos grandes lumbradas, y en medio de ellos nos colocábamos nosotros con mi caballo: durante la noche solíamos oír los rugidos de los leones, tigres, onzas y otros animales, y á veces los veíamos en la oscuridad con unos ojos como ascuas. A los doce días de viaje

llegamos por fin á Puerto de Caballos, en el mar del Este, distante de Guatemala do-
cientas leguas al Sudoeste, y de México
cuatrocientas cincuenta próximamente. Es
un buen fondeadero para barcos, y no tiene
castillo ni baluarte. Despedidos mis guías
bajé al puerto, donde ví unos buques car-
gados principalmente de vinos de Cana-
rias: allí hablé con uno de los maestros,
quien me preguntó de donde era yo. Res-
pondíle que de Granada, y me contestó que
según eso eramos paisanos. Le propuse
que me llevase á España en su barco, pa-
gando mi pasaje, y dijo que estaba conforme
con tal de que le presentase un salvo
conducto, ó documento por el cual viese que
no corría peligro en llevarme, pues decía
él que pudiera ser que yo hubiese muerto
algún hombre ó estuviese adeudado y por
eso me quisiera huir. Aseguróle que no ha-
bía nada de eso; y por último, convenimos
en que por sesenta pesos me llevaría á Es-
paña. Me puse muy alegre con esta buena
fortuna, é inmediatamente vendí mi caballo
y compré mi provisión de gallinas y pan pa-
ra la travesía. Dos días después nos dimos á
la vela y no nos detuvimos en alguna par-
te hasta llegar á la Habana, que del puerto
de Caballos dista por mar quinientas le-
guas. En Enusga. Habana encontramos toda la

flota española que regresaba de las Indias,
y allí me ajusté de soldado para servir en
el navío almirante en que iba el general.
Mientras estuve allá, llegaron de España
cuatro barcos llenos de soldados y artille-
ría: dejaron allí mismo doscientos hom-
bres y cuatro piezas grandes de bronce, á
pesar de que el castillo estaba ya suficien-
tamente artillado; otros doscientos hom-
bres fueron enviados á Campeche con ar-
tillería: doscientos á la Florida, también con
artillería, y cien por último á San Juan de
Ulúa, donde tienen suficientes cañones, y
de los nuestros, es á saber, de los que te-
níamos en el "Jesús" y de los demás que
habíamos puesto en el lugar donde el vi-
rrey hizo traición á nuestro general Mr.
Hawkings, como queda referido. El envío
de estos soldados á cada uno de los puntos
dichos, era por orden del rey de España,
quien al mismo tiempo escribió al general
de su flota, mandándole que hiciera aquel
reparto, y señalándole también la derrota
que había de seguir para volver á España,
decíale que por ningún motivo se acercara,
á las islas Azores, sino que se mantuviera
más al Norte, y le daba noticia del número
y fuerza de los buques de guerra franceses
que D. Antonio (1) tenía entonces en la ter-

(1) Es decir, D. Antonio, prior de Crato que disputaba á

cera y en las islas dichas. El general, bien considerado todo, y la gran suma de riquezas que debía llevar á España, guardó y obedeció puntualmente todo lo mandado porque en verdad, tenía en la dicha flota treinta y siete buques, y en cada uno había treinta barricas de plata, uno con otro, además de gran cantidad de oro, grana, azúcar, cueros, cañafistola, con otras drogas de botica. Nuestro general, que se llamaba D. Pedro de Guzmán, proveyó y puso buena orden en todo, hasta donde pudo, para la mejor fuerza y defensa, por si fuera necesario, y mandó, sopena de muerte, que ningún pasajero ni soldado entrase á bordo sin su espada y arcabuz, con pólvora y balas, á fin de hallarse en mejor estado de resistir á la flota de D. Antonio, si le acontecía encontrarla, ó alguno de sus buques, y siempre que el tiempo estaba bueno, el general mismo solía pasar de un barco á otro para cerciorarse de que cada hombre estaba provisto como él lo había ordenado. Mas, si he de decir con verdad mi opinión, dos grandes buques de guerra buenos habrían hecho

Felipe II la corona de Portugal, y que después de sus derrotas se había refugiado en aquellas islas, donde se apoyaba en una escuadra francesa. Pocos meses después, en Julio de 1582, el Marqués de Santa Cruz derrotó completamente esa escuadra y D. Antonio tuvo que huir á Francia, donde murió oscuramente en 1595.

gran destrozo en nosotros, porque en toda la flota no había buques fuertes y bien pertrechados sino los del almirante y vicealmirante y además de la flaqueza y mal avío de los otros, estaban todos tan cargados, que si se vieran acometidos, le fuera imposible resistir mucho tiempo. Sea como fuere, así dimos á la vela, y tuvimos malísima travesía de vuelta, según fué el tiempo de contrario. Tomamos rumbo al Nordeste, y nos remontamos hasta los 42 grados de latitud, para estar seguros de no tropezar con la flota de D. Antonio. Gastamos en el viaje desde el 4 de Junio hasta el 10 de Setiembre sin ver tierra alguna, hasta que llegamos á las arenas gordas cerca de Sanlúcar. Dióse allí orden de que nadie saltase á tierra sin licencia, y en cuanto á mí, conocí me uno del buque, quien dijo al maestre que era yo inglés. Fortuna mia fué que acerté á oírlo, que de lo contrario me costara la vida. A pesar de eso, no me dí por entendido, sino que me mostré muy alegre y regocijado de nuestra feliz llegada. A poco vino la licencia para que desembarcásemos é insistí para ir con los primeros; pero el maestre llegó y me dijo "¡Hola! vos habéis de ir conmigo, por agua á Sevilla." Comprendí muy bien que trataba de ofrecerme por víctima al Santo Oficio, porque el

celo ignorante de algunos de estos supersticiosos españoles es tal, que piensan haber servido mucho á Dios cuando han traído algún hereje luterano al fuego en que le han de quemar, y por tales nos tienen. Como sabía bien todo esto, me propuse no dar lugar á sospecha, sino que continué muy contento; pero veía que era llegada la hora de proveer á mi seguridad. Espié, pues, la ocasión de que el maestre estuviese durmiendo en su camarote. y me descolgué por los obenques al bote del barco: no perdí tiempo en cortar el cabo que le detenía, y halé por el cable hasta la ribera, donde salté á tierra y dejé que el bote se fuera por donde quisiese. De esta manera con el favor de Dios, escapé aquel día, y no me detuve un instante en Sanlúcar, sino que toda la noche anduve por el camino que había visto tomar á otros que iban á Sevilla, á donde llegué á la mañana siguiente. Busqué luego un maestro con quien ejercitar mi oficio, que era el de tejer tafetanes, y habiéndome acomodado, me dediqué á mi trabajo, sin atreverme á salir para nada á la calle, temiendo ser conocido.

Estando de este modo, á los cuatro días oí decir á uno de mis compañeros, que según le habían contado, se buscaba con gran empeño á un inglés venido en la flota. "Va-

ya un hereje luterano, dije yo: ojalá le conociera, que de seguro le entregaría al Santo Oficio." Y continuaba yo de puertas adentro en mi trabajo, fingiéndome algo malo y diciendo que quería yo trabajar todo lo posible para comprarme vestidos. Al cabo de tres meses de esta vida, pedí mis salarios y me compré ropa nueva, totalmente diversa de la que traía á bordo; mas con todo no me atreví á salir mucho, hasta que supe que en Sanlúcar estaban unos buques ingleses con destino á Inglaterra. Tomé entonces un bote y fui á uno de ellos, á cuyo maestre pedí que me llevase consigo á Inglaterra, y en secreto le descubrí que era yo uno de los que el capitán Hawkins había echado á tierra en las Indias. Me suplicó muy cortesmente que le excusase, porque no quería tener que ver nada conmigo, y por tanto me rogaba que me volviese por donde donde había venido. Oyendo esto me despedí de él lleno de tristeza y no sin lágrimas. Fuíme en seguida al Puerto de Santa María, tres leguas de Sanlúcar, y me alisté de soldado en las galeras del rey que iban á Mallorca. Llegados allá en los últimos días de la Pascua de Navidad, encontré dos buques ingleses, uno de Londres y otro del país de Gales, que estaban ya cargados y listos, aguardando sólo viento favorable

para partir. Me dirigí al maestro de uno de ellos, que era de Gales, y le conté que había estado en España dos años para aprender la lengua, y que ahora deseaba volver á mi país y ver á mis amigos, porque me faltaban medios de vivir. Habiendo, pues, ajustado mi pasaje, nos dimos á la vela, y de este modo por la bondad de Dios Todopoderoso, después de diez y seis años de ausencia, y de haber pasado muchos y grandes trabajos y calamidades de diversas especies, según en esta relación se ha contado, volví á mi patria Inglaterra en el mes de Febrero de 1582, en el buque llamado el «Landret», y desembarqué en Poole.

CAPITULO VIII.

Viajes de Job Hortop, á quien Sir Juan Hawkings dejó en tierra en el golfo de México, después de su salida del puerto de San Juan de Ulúa el 8 de Octubre de 1568.

No sin verdad ni fundamento aquel fiel siervo de Dios llamado Job (que vivió en la tierra de Hus, según refiere la Escritura,) dijo que el hombre nacido de mujer vive poco tiempo y está lleno de miserias: (1) lo

(1) Job. cap. XIV, v. 1.

cual sabemos unos por haberlo leído en los libros, otros por haber presenciado desdichas ajenas, y yo por experiencia propia, como lo probará la relación que sigue.

Muchos saben que yo, Job Hortop, polvorista nací en Bourne pueblo de Lincolnshire y á la edad de doce años fui llevado á Keddiffe, cerca de Londres, con Mr. Francisco Lee, polvorista de S. M. en cuyo servicio estuve hasta que fui compelido á ir en el tercer viaje á las Indias Occidentales con el muy excelente Señor Juan Hawkings, quien me nombró uno de los artilleros del buque de S. M. el «Jesús de Lubek» y salió de Plymouth en el mes de Octubre de 1567, llevando consigo otro buque de S. M. llamado el «Minión», y otros cuatro suyos, á saber: el «Angel», el «Swallow», el «Judith» y el «William and John». Previno á su segundo que si el mal tiempo los separaba, se reunieran en la isla de Tenerife. En seguida, por espacio de siete días con sus noches, tuvimos tales tormentas, que perdimos la lancha y una pinaza con algunos hombres. Llegados á la isla de Tenerife, supo el general que su teniente, con el «Swallow» y el «William Sand John», estaba en una isla llamada Gomera, y en efecto allí le encontró. Habiendo anclado y hecho aguada, dió á la vela para el Cabo Blanco